

de todas las épocas y de todos los países podrían aducirse para comprobar lo poco que vale la ilustración para hacer virtuosos á los hombres! Pero ¿qué pruebas más irrefragables que los hechos que han escandalizado al mundo en nuestros mismos días, los regicidios, las bombas, las estafas por mayor, la corrupción general de costumbres en las naciones más adelantadas?

12. No cansaré más vuestra atención, hermanos míos. Diré solamente una palabra sobre el valor de ese sentimiento que se llama *dignidad*, decoro, respeto de sí mismo, y que, bien comprendido, suele ser un poderoso auxiliar del bien obrar, pero no llegará jamás á sustituir en el espíritu humano al sentimiento religioso. El aprecio de sí mismo llevado á la exageración no es otra cosa que el orgullo, y de éste nace el egoísmo, elemento mortífero para la virtud. Por lo demás el sentimiento de la propia dignidad, separado de la religión, no pasa de ser un fantasma que no engendra virtudes verdaderas ni acciones laudables, sino vanidad y, á las veces, ridícula ostentación de virtud. No nos forjemos ilusiones. La religión es elemento de felicidad natural en el hombre, y lo que arranca de la naturaleza no puede reemplazarse con nada artificial. La religión es institución evidentemente divina; la mano de Dios que la fundó sobre la roca del Calvario, la sostiene sin esfuerzo alguno, como sostiene la armonía de los mundos: *Verbo Domini cæli firmati sunt, et spiritu oris eius omnis virtus eorum*¹— «Su palabra da consistencia á los cielos y el soplo de su boca les infunde toda la fuerza que poseen.» Vanos son los pensamientos del hombre contra la obra del Criador. Dios disipa, como ligeros vapores, los planes de los príncipes y de los pueblos, en tanto que los consejos de su misericordia sobre la pobre humanidad perduran para siempre. *Consilium autem Domini in æternum manet.*²

¹ Ps. 32, 6.

² Ibid. 11.

«Bienaventurada la nación que reconoce á Dios por Señor, el pueblo á quien Él escogió por heredero de los bienes eternos.»¹ Nosotros somos ese pueblo, no derrochemos nuestra herencia.

TERCERA CONFERENCIA.

Verdadera y falsa religiosidad.

Qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare.

Io. 4, 24.

1. ¿Habéis meditado seriamente, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, sobre la importancia de la verdad en todas las esferas de la vida humana, en la ciencia, en la moral, en el arte? En la primera, la verdad es absolutamente necesaria, so pena de convertirse en una ciencia vana, ridícula y absurda, en ciencia de la nada: por eso las meras hipótesis, por bien fundadas que se las suponga, no constituyen la ciencia propiamente dicha. En el arte la verdad que se necesita para sus creaciones no es ciertamente tan rigurosa, no es la realidad sino el ideal, mas no por eso deja de ser lo que es en el orden de la posibilidad, en una esfera más elevada que la de la naturaleza real, en el mundo ideal donde resplandece la belleza. Y ¿qué diremos del orden moral en que se desarrolla la libre actividad del ser humano? Aquí no basta la verdad relativa, porque no se trata de lo bello, de lo estético, sino de lo bueno, de lo virtuoso y perfecto, y esto tiene que ser estrictamente verdadero. Virtud falsa no es virtud, bondad sólo aparente es más bien disfrazada malicia, perfección no verdadera es manifiesta imperfección. La adoración de Dios, si no es verdadera, es una burla á la divinidad; la alabanza, sólo de labios afuera, tiene visos

¹ Ibid. 12.

de blasfemia. La virtud podrá serlo en varios grados, grande ó pequeña, vulgar ó peregrina y heroica, pero siempre tiene que ser verdadera. He aquí por qué declara el divino Maestro que «los que adoran á Dios es menester que lo adoren en espíritu y en verdad»¹.

2. Notad bien, amados fieles, el enlace de estos dos elementos de la adoración, espíritu y verdad. En las acciones propiamente humanas la verdad está en el espíritu que las anima y vivifica; porque siendo el hombre un ser específicamente racional ó espiritual, la acción meramente material no es humana, porque no la ejecuta el espíritu, no la anima la razón: fáltale, pues, la verdad. Así la religiosidad sin espíritu es falsa religiosidad. Como Dios es espíritu puro, quiere que el hombre le adore en espíritu, esto es, á manera de ser racional que sabe y entiende lo que adora, no á ciegas y sólo con ceremonias exteriores. Desde luego comprenderéis la importancia de este tema en la materia de que vamos tratando. Porque no basta ser en algún modo religioso, es preciso serlo en realidad de verdad. Por eso vamos á señalar en esta conferencia los caracteres de la falsa religiosidad para que nos preservemos de ella, y, para dar plena luz á nuestro asunto, bosquejaremos en seguida las facciones del hombre verdaderamente religioso.

I.

3. ¡Miserable engaño el que padecen ciertos hombres que se tienen por modelos muy cumplidos de religiosidad! Ellos no advierten que no puede ser verdadera una religiosidad que mutila los deberes religiosos y falsea y desnaturaliza el concepto mismo de la religión. Y lo primero se verifica en dos maneras, ora reduciéndolos á la esfera de lo interior y suprimiendo, como innecesarios, los actos externos

¹ Io. 4, 24.

del culto, ora, por el contrario, pagándose exclusivamente de los actos exteriores de la religión y preocupándose muy poco ó nada con el espíritu que debe animarlos. Ambos extremos son viciosos y por tanto reprecensibles.

¿Por ventura estaría en la verdad el que dijese para sí: «Me basta rogar á Dios con el corazón sin desplegar los labios; no es preciso tomar tal ó cual actitud para hacer oración, preferir este ó el otro lugar, emplear tales ó cuales ceremonias», etc., interpretando á su manera las palabras de Jesucristo á la Samaritana: «Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad»¹? No por cierto, hermanos míos, porque esto equivaldría á desconocer la necesidad del culto externo exigido por la naturaleza misma del hombre, y por la de la religión que abraza al hombre entero, sancionado por la autoridad de todo el género humano y por el mismo Dios que en el antiguo Testamento dictó con exquisita prolijidad los ritos sagrados y mandó observarlos hasta en sus menores detalles bajo las penas más severas. Y ¿qué pensar del majestuoso culto externo de la Iglesia católica, establecido por el mismo Jesucristo, y ampliado, con su autoridad, por los sagrados apóstoles, los concilios y los soberanos jefes de la Iglesia? ¿No sería atrevimiento intolerable menospreciar instituciones tan venerables, contradiciendo la enseñanza de los doctores del cristianismo y hasta de los mismos filósofos antiguos y modernos? ¿Qué digo? ¿poniéndose en abierta contradicción con el sentido común y la razón natural? Y ¿quién no advierte el peligro de perder totalmente el espíritu religioso siguiendo, no sea más que en la práctica, esa falsa doctrina de que basta adorar á Dios en el santuario del corazón?

4. Pero tampoco posee la verdadera religiosidad el que, contento con un sinnúmero de prácticas religiosas exteriores,

¹ Io. 4, 23

oraciones vocales y rezos prolongados, no cuida principalmente de informar estos actos con espíritu de fe, devoción y piedad, sin el cual la religión viene á dar en el escollo del formalismo, de la rutina, que no la deja producir verdaderos bienes á los que la profesan. Aquí tenéis el verdadero sentido de las palabras de Jesucristo: «Conviene adorar al Padre en espíritu y en verdad.» Prácticas puramente exteriores sin espíritu religioso son cuerpo sin alma, son árboles de espeso follaje que no producen fruto¹. Tal era sin duda el vicio de los fariseos, tan diligentes en multiplicar los actos exteriores de religión, tan escrupulosos en la guarda de las ceremonias y observancias legales, y á quienes Cristo reprendía severamente, llamándolos hipócritas², porque desdeñaban lo esencial de la religión, los actos internos. *Haec oportuit facere et illa non omittere*³, deciales también, enseñándonos la necesidad de juntar á los actos exteriores el espíritu que debe vivificarlos. ¿De qué sirve, en efecto, recitar con los labios una serie de oraciones vocales, como suelen hacerlo no pocos, sin atención ni piedad, con el ánimo divagado en pensamientos importunos y el corazón muerto de frío? ¿Dónde está allí el verdadero respeto religioso, la reverencia y el amor que nacen de la fe viva en la majestad del Dios con quien se está hablando familiarmente? ¿Podrá ser aceptable á Dios ese acto, como lo era el sacrificio de alabanza que le ofrecía el real Profeta?⁴ Y ya que hemos nombrado el sacrificio, ¿será religiosidad verdadera el asistir al sacrificio incruento de nuestros altares, al santo y augusto sacrificio de la Misa con el cuerpo solamente, por mero cumplimiento del precepto eclesiástico, por costumbre ó compromiso, sin que el espíritu se eleve á Dios ni el corazón tome parte en los misterios que allí se

¹ Iudæ 12.² Matth. 23, passim.³ Luc. 11, 42.⁴ Ps. 49, 14.

celebran? No, carísimos hermanos, no es esto virtud verdadera de religión sino falsedad é hipocresía. Y ¿qué juzgar, por fin, de aquella falsa devoción de algunos pueblos católicos que creen ó se imaginan honrar á Dios, á la Santísima Virgen ó á sus santos Patronos con festejos del todo profanos, con espectáculos, con juegos y diversiones públicas y hasta con abusos sin nombre, ni más ni menos que los gentiles en las fiestas de sus ídolos?

5. Paso á señalar otra mutilación más grave que las anteriores, cual es la del dogma y de la moral cristiana, debidas á la ignorancia y á la temeridad de ciertas almas falsamente religiosas. Sí, cristianos, hay quienes, llamándose y aun creyéndose acendradamente religiosos, no aceptan el dogma en su totalidad, rechazando aquellos artículos que no les parecen razonables, v. gr. la eternidad de las penas del infierno, la infalibilidad del Papa, la resurrección de la carne en el último día de los tiempos. He atribuido esta conducta á la ignorancia más bien que á la malicia, porque no se concibe que personas instruidas en la religión se atrevan á hacer diferencia entre dogma y dogma, como si la autoridad de la palabra de Dios no fuera la misma para todos. Y ¿qué ha de ser sino ignorancia lo que les hace parecer inaceptables ciertas verdades del Símbolo como la infalibilidad pontificia, no sólo definida por un concilio ecuménico, sino demostrada por los más eminentes sabios del catolicismo? Mas ya se sabe que la ignorancia es atrevida y presume de saber más que las grandes lumbreras de la ciencia. Otro tanto sucede con la moral: tómase de ella lo que agrada, lo que parece bello y generoso á todas luces, lo que la razón no puede menos de aceptar con entusiasmo, v. gr. la caridad, la dulzura, la justicia, pero hácese caso omiso, si es que no se desecha abiertamente, de lo que mortifica la sensualidad ú ofende el amor propio, la humildad, el perdón de las injurias, el desasimiento de los bienes terrenos y sobre todo, la morti-

ficación de la carne y de las pasiones, verdadero escándalo para el hombre carnal y mundano. El espíritu de sacrificio, la doctrina de la cruz que predicaba el Apóstol¹, es objeto de horror para los falsos cristianos, que llegan, en su insipiente, hasta avergonzarse de que tales doctrinas se encuentren en el Evangelio y bien quisieran borrarlas del sagrado libro ó, á lo menos, que nunca se sacaran á relucir en la predicación de la Iglesia. Es lo que acontecía en los primeros tiempos: «El hombre animal no alcanza á comprender la sublimidad de esta ciencia del Espíritu de Dios.»²

6. Pero la falsa religiosidad, no contenta con mutilar la religión de la manera que hemos visto, la desnaturaliza enteramente, como reconoceréis en lo que paso á exponer y vosotros habréis observado muchas veces. Tómase la religión como asunto de sensibilidad, no de razón y voluntad elevadas al orden sobrenatural por virtud de la gracia. Búscase en ella el aspecto poético, estético, sensible. . . . Extasiase el alma con la belleza de las escenas bíblicas, con las figuras y paisajes evangélicos, con la fase dramática de nuestras augustas ceremonias. Todo lo que hiere la imaginación la fascina. Para darse á la oración necesita la mística penumbra del templo de estructura ojival, los acentos de una música melodiosa y patética, la deslumbrante iluminación del altar, la admirable perfección de la estatua de Cristo ó de la Virgen. . . . ¿Qué emociones busca, pues, en los actos religiosos? ¿son de carácter sobrenatural ó puramente naturales esos sentimientos que le conmueven y hasta le exaltan? ¿es ésa la verdadera religiosidad? No lo creáis, hermanos míos, ésa es la religión falsificada. Y la prueba salta á la vista. Porque ¿cuáles son los frutos de esa clase de religiosidad? ¿dónde están las virtudes sólidas y verdaderamente cristianas que

¹ 1 Cor. I, 18.² Ibid. 2, 14.

se desarrollan al calor de esos sentimientos? ¿acaso la abnegación, la paciencia, la pureza de costumbres? Nada menos que eso se deja ver en las almas pagadas de la piedad sentimental, en quienes suele estar muy vivo el amor propio, el propio juicio, la ira, la envidia y otras pasiones semejantes. Luego tal religiosidad debe calificarse de falsa. Ser religioso de ese modo cuesta poco. Verdad es que la religión produce las más dulces emociones, pero impone también dolorosos sacrificios. Su práctica, lejos de hacer almas muelles, nos fortalece para cumplir los austeros preceptos del Evangelio y de la Iglesia, nos hace sólidamente virtuosos y así nos lleva por la estrecha senda que conduce al cielo, mansión de gloria reservada á los que se vencen varonilmente.¹

Podríamos todavía señalar como carácter de la falsa religiosidad las inconsecuencias en que cae á cada paso. Mas ¿quién no las advierte fácilmente? Continuemos más bien el discurso, presentando en la segunda parte los hermosos rasgos que distinguen al hombre verdaderamente religioso.

II.

7. Desde luego llama mi atención y me cautiva poderosamente aquella consecuencia rigurosamente lógica del hombre de verdadera religiosidad. Él no admite contradicción alguna entre sus palabras y sus ideas, entre sus acciones y los principios que profesa. ¡Qué principios tan luminosos y tan fijos! No pueden menos de serlo, fundados como están en las luces de la fe divina, ilustrada además con los razonamientos de la ciencia cristiana, de la fe que no vacila jamás porque descansa en la autoridad incommovible de la palabra divina. Por eso dice con la seguridad que decía el Apóstol: *Scio cui credidi, et certus sum*—«Yo sé bien á quien creo, y estoy cierto.»² ¡Cuánto

¹ Apoc. 3, 21. ² 2 Tim. I, 12.

CÁCERES, El Pulpito americano. IV.